

falta de equilibrio de pensamiento y de selección. Esto no quiere decir que no haya en «Consejas del gran río», páginas de colorido, poesía y fuerza autóctona, expresiones populares usadas a tiempo, logrando un haz de cuentos folklóricos de indiscutible mérito.—FRANCISCO SANTANA.



<https://doi.org/10.29393/At180-13VNGK10013>

DEL VENERO NATIVO.— Poemas, por *Jorge González Bastías*.
Nascimento, Santiago

Hace unos quince años, nos fuimos con un buen amigo a pasar algunos días de veraneo a Constitución. Después del galopar frenético del tren por las cómodas extensiones del Valle Central, nos tocó sentir, al traspasar en Talca, el áspero traqueteo del trencito—especie de pingo viejo, maguer chúcaro—que baja renqueando y a trastabillones hacia el mar, el que, a cada revuelta del camino, hacía amagos de querer tirarnos por las ventanillas abiertas del coche.

Abiertas, bien abiertas al insólito paisaje, llevábamos nosotros las ventanas vivas de la curiosidad. ¡Siempre fuí yo goloso de panoramas, de insólitos panoramas objetivos y subjetivos! Y bien; era el paisaje que íbamos disfrutando, tan «personal», tan maravilloso y luminoso, y tan ascético a la vez; y con aspectos tan variados y con una esencial continuidad tan única, que movidos por un impulso de entusiasmo, dejamos nuestros asientos y nos fuimos a la plataforma, a devorar «a toda alma» el manjar novedoso que a cada vuelta del camino y a cada barquinazo del trencito, la suerte nos iba deparando. Afianzados a las barandillas, desafiábamos los fieros zangoloteos, el humo, y el carboncillo y el ruido de la ferretería. A ambos lados del Cajón, de ese legendario Cajón del Maule, los cerros erguían sus altos murallones; verdes, cubiertas las laderas de umbríos bosques y de helechos, a este lado; y al sur, hacia el otro lado,

rojizos, hirsutos, reverberantes, donde, de vez en cuando, alguna casita agazapada entre los riscos pastoreaba a media falda el dorado rebaño de ariscas vides; y abajo, por entre las delgadas lonjas del terreno, en cuyos rincones se adormecía la higuera bíblica, el río, tortuoso y tumultuoso, en el cual, herido de soslayo por el sol, vi por primera vez al guanay escorzando su silueta recia, de pie en la proa de su barca...

Y bien, repetimos; por ahí, en uno de esos rincones únicos, del paraje, silencioso, sencillo, personal y bueno, pastoreaba su rebaño de líricas vides, el autor de este libro. No conocíamos entonces, personalmente, a Jorge González; no pudimos tener para el autor de «Misas de Primavera», un fraternal pensamiento, mientras pasábamos por Infiernillo, saboreando en la plataforma del coche, con un buen racimo en la mano, la exquisita primicia de los parrales de Curtiduría.

Como racimos cristalinos y fragantes de Curtiduría o del Infiernillo mismo, son las poesías de este poeta. Desde las «Misas de Primavera», cuyo sabor lejano aun nos endulza la memoria, hasta las de este «Venero nativo». Jugo de aire azul y tenue—ese aire que sube y que baja por el Cajón jugueteando con las aguas del río—, y jugo denso de mineral, y todos los jugos esenciales, ha sabido extraerle a las cosas, la raíz honda de emoción, de González Bastías. Su poesía es como el paisaje nativo: sencilla, a fuer de pura, y perfumadamente ascética. Nada de retorcimientos conceptuales antiestéticos; nada de algarabías ni sinfonías que apaguen la voz queda de la emoción; nada de «la musique avant tout» (nota accidental dentro de la modalidad total de un poeta, cuyo fin será siempre «la poesía ante todo»); pero nada tampoco de pauperismos de expresión. La sencillez formal de este poeta es la medida misma de su poesía. Y su poesía es sencilla y transparente, porque así es el alma del poeta, y así es en síntesis el alma de esa tierra, a la cual él le ha entregado la nota melodiosa de su existencia.

Lejos de la gran ciudad, donde nosotros, como luciérnagas fascinadas giramos en torno de la luz, o bien, recogimos desilusionados las migajas del diario vivir, Jorge González gira en torno de la abierta grandeza cósmica y amasa con su propia emoción el cotidiano pan de la belleza:

«Alas de mariposa...
en qué momento el iris
se refugió en vosotras?

Violetas, azahares,
de dónde ese perfume
y esa miel en los cálices?

Espumas de las aguas...
si no estáis florecidas
ninguna onda canta!».

(«Alas de mariposa», pág. 7).

Sencillamente, con ideas claras y palabras puras, fermentadas de inquietud—esa levadura de la emoción—nos va planteando los problemas e interrogaciones lacerantes del humano pensamiento. Es inútil que la visión sedante de los bosques y de las laderas luminosas, de la alborada o de las sombras de luna que caen sobre la noche, apaguen la llama de sus ojos; dentro de él está la otra llama inmortal, lengua de fuego que quiere inquirir hasta lo último el por qué de todos los porqués:

«Si ondas sutiles, misteriosas,
fluyen de la materia inerte
y es lo mismo la piedra, el oro,
o el agua misericordiosa;

y si rige sobre nosotros
la misma ley, el mismo sino,
a qué este pensar lacerante
y el huir del alba y de la noche?»

(«Inquietud», pág 9).

En este tono, sencillo y místico a la vez, el autor de «Vera Rústica» y del «Venero Nativo», va palpando, sin pretender analizarlos, los «fenómenos y los nóúmenos» de la naturaleza. El viento, la montaña, el arroyo, los pájaros, el metal que rueda y el árbol que se arde; y la soledad, y los espíritus y fantasmas, y la muerte, y las consejas del minero, y el llanto del niño, y todo lo que es y puede ser, externo o interno, hacen vibrar las cuerdas afinadas de su sensibilidad. Y de toda su obra se desprende una dulce y tranquila tristeza de vivir y de sentir; una buena filosofía azucarada con el agua de azahar de la poesía. Acaso echemos de menos en poeta de tan altas condiciones la empecinada nota pasional, ese amor que va jalonando de jirones de corazón, el camino de otros poetas: Jorge González ha puesto su pasión en la naturaleza, en las cosas cotidianas y legendarias de su tierra del Maule, y son demasiado fuertes y demasiado inmediatos para su espíritu solícito, los mensajes que a cada instante y por todos los caminos vienen a requerir de su entendimiento la forma de expresión y de interpretación. Pero acaso también, fué algún amor, un amor «de otra categoría», el que moldeó en el alma de este hombre, la santa facultad de sentir y de comprender. A través del coro agreste y melodioso de las cosas que le rodean, viene a la sordina una voz que se embellece y se deshace de nostalgias:

«La besé aquel día, triste de alegría.
Con pena infinita se puso a llorar.
Me dejó su pena. Su pena ahora es mía
Después... no la he vuelto jamás a encontrar

Tiene ya amargura mi melancolía.
 Mis brazos, cansados están de esperar.
 Mis ojos, que guardan lumbre de aquel día,
 de noche, en la sombra, la miran pasar».

(«La besé aquel día», pág. 59).

Pero, como dice el poeta: «vano es hablar; inútil todo—lo que pudiera yo expresar», se va en el silencio por los senderos y recodos, alumbrando con la llama siempre viva del recuerdo, los pequeños hechos y las humildes cosas, que se transfiguran en dulce maravilla ante su mirada.— GUILLERMO KOENENKAMPF.



PORVENIR DE DIAMANTE, de Omar Cerda.—Edición de la Universidad de Chile

Omar Cerda, que se iniciara en la vida pública poética hace algunos años, colaborando en numerosas publicaciones, esta vez nos ofrece su primer volumen de poesía, intitulado «Porvenir de Diamante».

Ha reunido el poeta con sumo cuidado y recogimiento, un verdadero tratado de los más puros elementos que informan el barroco de la poesía actual, en un estado de júbilo y juventud permanentes. En este libro todo es leve y ardoroso. El poeta mismo, nos anuncia esta calidad en los primeros versos con que abre su conjunto:

«Yo tengo el corazón lleno de agujas
 y una rosa de fuego en las entrañas».

Causa sumo agrado constatar que esta inquietud vivifica toda la obra, dándonos la sensación que el poeta conduce una poesía en perpetua oscilación y trance: